

PICARDIAS



50cts

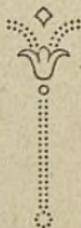
El amante fantasma

EL AMANTE FANTAMA

PICARDIAS

8

EL AMANTE FANTASMA



PRENSA MODERNA

Lorra, 13 - Bajo

MADRID

Apartado: 8.012

PRENSA MODERNA  
IMPRESA  
LARRA, 13 MADRID

# El amante fantasma



No, queridas lectoras. Os equivocáis si habéis pensado que el amante de la protagonista de esta verídica historia era uno de esos fantasmas que asustan a la gente envueltos en una sábana y armando mucho ruido con unas cadenas.

¡Que más hubiera querido él que poderse envolver en una sábana! Quiere decirse que aquí no vais a leer

nada de brujas ni de aparecidos. PICARDÍAS no trata de esustar a nadie, y lo que leeréis será un episodio cómico de una escena ocurrida en el Mediodía galo, que es a Francia lo que Andalucía a España.

Si; hay una mujer que engaña a su marido.

¿Vosotros habéis leído alguna novela en la que las mujeres no engañen a los maridos? ¿Que sí? ¡Bah! Es que el autor no lo diría; pero que les engañaban...

De todas formas, ésta de que os hablo engañaba al suyo. Una treintoncita ya; pero si entendéis algo de estas cosas, reconoceréis que muchas veces las treintoncitas valen más que las guayabitas, y en cuanto a sabiduría y a experiencia...

Bueno; en cuanto a sabiduría y a experiencia les dan cien vueltas no sólo a los guayabitos, sino a nosotros mismos.

Para que os convenzáis os voy a poner un caso.

Conoci yo una vez toda una mujer, guapa, bien plantada, con unos ojos, y unos senos, y unas pantorrillas...

Esta mujer tenía treinta años.

Pero, bueno, ¿qué os importa a vosotros si yo he conocido mujeres de treinta años o no? No parece sino que soy yo el único ser que conoce mujeres de treinta años y mujeres de cuarenta y cinco que aseguran que no han llegado a los treinta.

Os hago gracia de lo que me pasó con ella, y lo que deseo es que os haga gracia también la novelita.

DONDE ESTO COMIENZA YA MAL Y LAS COSAS  
AMENAZAN CON ADQUIRIR UNA REPUGNANTE  
IMPORTANCIA

**V**osotros conoceréis, sin duda alguna, esas pequeñas playas, ¿verdad?

Cuarenta familias, que tiene cada una de ellas su sitio indicado sobre la arena, su sitio en el agua, su sitio en el hotel y en el casino.

Con las cuarenta familias una docena de muchachos y de muchachas jóvenes que se conocen y que tratan de conocerse mejor cada día.

Algunos maridos que llegar el sábado por la tarde y se marchan el lunes por la mañana, con miradas poco amables para los susodichos jóvenes que se quedan.

Tipos que se dedican a la pesca y otros que toman baños de sol.

Pero lo que sin duda no conocéis vosotros son las playas del Mediodía, del verdadero Mediodía, quiero decir, no de la Costa Azul.

Estoy hablando de esas playas que hay en los

alrededores de Bezieres y donde los bañistas son gentes de Nimes, de Tolosa, de Beaucaire y de Tarascón.

Playas donde el acento suena y hasta las arenas entienden el patois.

Allí, las gentes ven todavía serpientes de mar de veinte y más metros. Los bañistas ponen el pie, no sobre cangrejos blandos, sino sobre pulpos gigantes.

Cuando el mar zumba, es toda una tempestad.

Pero no vale la pena de que os esté dando detalles. Vosotros mismos veréis.

Imaginaos la playa una mañana hacia las once, es decir, durante la hora del baño. Unos estaban tumbados en un lugar donde pudieran alcanzarles las pequeñas olas. Otros estaban tendidos sobre la arena. Había incluso dos personas nadando, para que hubiera de todo.

Y de pronto ocurrió el formidable acontecimiento.

Todos se fijaron al mismo tiempo sobre algo que llegaba a lo largo, alguna cosa sombría e imprecisa que el mar arrastraba lentamente hacia la costa.

—¡ Es la Tarasca! —afirmó uno.

—No. Es una ballena—juró otro—. Cuando yo estaba en el Polo con Amundsen...

Pero las bocas se callaron, porque se tuvo la impresión de haber visto unos brazos...

Uno cosa que flota y que tiene brazos es un ahogado, ¿no es verdad?

De golpe, las gentes abandonaron el lugar donde podían alcanzarles las pequeñas olas. Mandaron un muchacho a la aldea para que avisara a los guardacostas, y esperaron.

La cosa avanzaba lentamente.

A mediodía estaba todavía a cien metros de distancia. Y se vió otra cosa además de los brazos. Se vieron unas piernas..

Una dama gruesa se desvaneció, pretendiendo que tal vez se tratara de un hijo suyo que estaba de guarnición en los arsenales de Tolón.

Las campanas de diversos hoteles sonaron en vano llamando a sus clientes al desayuno.

A la una, la cosa no estaba más que a diez metros, y el guardacostas, que se había hecho llevar su gorra con galones, se dirigió a la multitud con un gesto lleno de autoridad.

—¡Que nadie se mueva!—exclamó.

\* \* \*

Y lo que luego se vió instalado sobre la arena fué terrible. Sí, terrible. Primero unas piernas, después unos brazos, luego otra vez las piernas...

Todo aquello muy blando y muy aplastado.

¿Perneras de pantalón? ¿Mangas de *pull-over*?  
¿Perneras de pantaloncitos de señora?

Sí; pero dentro de eso no había nada.

¿Lo entienden ustedes? Si hubiera habido algo dentro, la cosa habría resultado menos terrible. Sabrían a qué atenerse. Se identificarían los cadáveres. Pero no había nada, ¡nada!

Y la gente murmuró:

—¡Desgraciados!

—Seguramente el contenido de todo esto ha sido comido por los peces. ¡O acaso peor!

Vamos a hacer el inventario de las cosas aparecidas: un pantadón de franela blanca como los que suelen llevar los bañistas elegantes; un *pull-over* rojo y azul de lana pura, que un quincallero que estaba presente valoró en ciento veinte francos; una camisa de señora con puntilla alrededor; un pantalón, de señora también, con puntilla; un vestido de muselina a grandes cuadros verdes.

Todo esto formaba un montón, de donde sobresalían los brazos y las piernas.

—Sin duda se trata de un doble suicidio—dijo uno.

Miraron alrededor para asegurarse de que los cuerpos no venían tras los vestidos. Y de pronto, un señor grueso, que hasta entonces no se había mezclado en los comentarios, gritó al ver el vestido de cuadros:

—¡Es mi mujer!...

Un pobre señor que con aspecto compungido

se pone a llorar, diciendo cosas conmovedoras y trágicas, gritando a todos los vientos:

—¡Amelia! ¡Mi querida Amelia!...

—¡Tenga usted valor, buen hombre!

—¡Piense usted que está ya en el cielo, señor!

—¡Ha terminado ya de sufrir!...

La escena que se desarrolló fué trágica. Aun



—En mi vida me pondría yo semejante adefesio.

permanecieron los curiosos una hora sobre la arena. Luego alguien murmuró :

—Al menos hay que reparar las fuerzas. La sopa debe estar ya fría !

¡ Oh ! Si no has visto, lector, un cortejo como éste, no has visto nada en tu vida. Todo el mundo se dirige hacia el pueblo, a través de la playa caldeada. Los bañistas, el guardamarina, los vestidos y el señor grueso que no cesa de llorar.

En el pueblo no hay más que tres hoteles, uno al lado del otro. Se come en las terrazas.

Cuando llega a cien metros del suyo, el señor grueso da un alarido de terror.

¡ Su mujer está allí ! ¡ O el fantasma de su mujer ! ¡ Ante un plato de sopa !

Y el señor grita :

— ¡ Amelia, Amelia ! ...

Y Amelia se acerca tranquilamente.

— ¿ Qué quieres, Néstor ?

El pobre hombre está tan emocionado que no acierta a proferir palabra.

— ¡ Tocadla ! — dice volviéndose hacia un hombre que lo sostiene —. Convenceos si está viva... Os lo ruego, tocadla...

Y el hombre la palpa a conciencia. Amelia está bien viva.

Ahora la cosa se presenta más complicada. Porque al fin y al cabo, los vestidos de Amelia han sido lanzados por el mar a la playa. Los vestidos

de Amelia mezclados estrechamente a los de un hombre.

Las gentes hacen corro. Comienzan las risotadas mirando a Néstor, que se ha puesto muy encarnado.

—¿Cómo es posible, Amelia, que... que?...

Amelia ha comprendido todo; pero no se turba lo más mínimo.

—¡Eres un bruto, Néstor! Esta mañana, de madrugada, he bajado a tomar un baño... Mi vestido estaba a la orilla del agua... Ha venido una ola...

¡Hum! Ahora faltaba explicar la presencia del *pull-over* y el pantalón de franela blanca.

Los mirones se dan con el codo. Néstor está a punto de estallar.

—¿Pero lo otro?—pregunta tímidamente.

—¿Cuál otro?

\* \* \*

Comprenderéis que cosas como éstas no suceden más que en el Mediodía. Siempre hay cosas con que reírse, y la multitud está dispuesta a ello.

—¿Estabas tú sola en la playa?

—¡Completamente sola!

—¿Lo juras, Amelia?

—¡Por tu salud, Néstor! ¡Y que me caiga aquí muerta si...!

Y escupe al suelo con convicción. Ya no hay más

que decir. Néstor se sienta ante su sopa y todo queda tranquilo. Desde las otras mesas le miran burlonamente.

Pasa una hora. Y de pronto ven llegar a todo correr una figura enorme, que pierde el equilibrio y bamboleándose da gritos pidiendo socorro en medio de las mesas.

Los comensales miran con curiosidad y ven que se trata de una mujer que pesa lo menos ciento cincuenta kilos. Es una comadre del pueblo.

—¡Que viene persiguiéndome!—exclama.

—¿Quién?

Tiemblan sus labios y los ojos parecen querer saltársele de las órbitas.

—Miren ustedes... ¿Viene, verdad?

No se ve a nadie alrededor.

—¿Quién es el que os persigue?

Pero lo pobre mujer aun no se ha repuesto de su emoción.

—¡Yo que nunca he engañado a mi marido!

—gime la infeliz—. ¡No le he engañado nunca!

Nadie comprende nada.

—¿A propósito de qué podrá venir?... ¿Es a mí a quien quiere?...

—Pero ¿quién?

Entonces la mujer exclama con voz ronca:

—¿Quién? ¿Quién?... ¿Pero ustedes no le han visto? ¡El hombre desnudo, completamente en cueros!...

DONDE SE ORGANIZA ALGO QUE SE PARECE  
A LA PRIMERA CRUZADA

**L**a verdad, que si no conocéis el Mediodía os va a ser un poco difícil comprenderlo. Allí suceden las cosas de distinta forma que en los demás sitios.

La escena que acabo de describiros de la enorme mujer ha sucedido a las cuatro de la tarde exactamente, delante de los tres hoteles del pueblo.

Pues bien. A las cinco ya no conoceríais ni el pueblo ni la playa. Primeramente, los hombres y las mujeres se han separado. Los hombres se han instalado en círculo en una terraza y discuten con gravedad, gesticulando y bebiendo.

Las mujeres, excluidas de este consejo de guerra, van y vienen por el muelle, engalanadas y formando compactos grupos, mirando de vez en cuando al grupo de hombres.

A eso de las seis, todo el mundo se pone en movimiento. Los hombres se levantan, se dirigen

hacia sus habitaciones, y vuelven con un fusil al hombro, y el que no trae esto lleva suspendidos de la cintura dos revólveres.

Algunos vienen armados de cuchillos.

Os aseguro que nadie ríe. Todos traen el semblante serio como los gobernadores. Y los besos de adiós que se cambian entre las parejas tienen sabor de lágrimas.

—¿Serás prudente, Augusto?

Valiente y prudente.

—Llevas al menos tu medalla de San Euforo?

A las siete, todo tiene un aspecto maravilloso. El pueblo está precioso y en estado de sitio. Hay en él un ejército. Y este ejército tiene un jefe.

Y este jefe no es otro que Néstor, que ha reclamado este honor, porque se le debía.

¿Es que la situación es dudosa? Por la mañana, la playa estaba tranquila, una verdadera playa familiar. Y he aquí que de pronto ha salido un hombre completamente desnudo.

Un hombre completamente desnudo que se ha puesto a perseguir a una mujer del pueblo que pesa ciento cincuenta kilos.

¿Qué quiere este hombre? ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué está este hombre desnudo completamente?

¿Qué se ha propuesto este hombre? ¿Dónde se encuentra? ¿Qué emboscada está preparando?

En vez de esperar, como hacen las gentes que

tienen miedo, arriesgándose a recibir el golpe por detrás, se ha preparado una batida.

El guardamarina está en ella. El guardamontes también.

Han terminado los adioses a las mujeres. Ahora se agrupan ellas en el extremo del muelle, de donde se divisa toda la playa.

Y los hombres avanzan por ella lentamente, como les da a entender su prudencia.

Se sabe el sitio donde la mujer del pueblo ha visto al hombre desnudo: ha sido entre unas rocas que cortan la playa en dos.

Se marchan hacia allí bien formados, sin miedo. Entre la multitud hay un armero que dice que han hecho mal en cargar las carabinas únicamente con balas explosivas.

—Yo las traigo de mi almacén de Carcassonne —dice—. Dentro de tres días estarán aquí...

\* \* \*

Pero aun no os he hablado casi de Amelia y de Néstor. Por discreción no declaro más que sus nombres. Pero tienen unos apellidos que suenan rudamente y que son la quintaesencia de la Provenza.

Néstor tiene cuarenta años. Es jefe de estación entre Nimes y Toulouse.

Lo que no tiene nada de extraño, puesto que es

de todo el mundo conocida la estupidez de los jefes de estación, que sean tan cornudos como los demás.

Néstor es grueso, bien parecido, vive bien; su rostro tiene el color de la fresas machacadas y unos ojos magníficos llenos de ingenuidad. Es un gran jugador de billar y presidente de una sociedad de bolos.

Amelia no tiene más que treinta años. Es gordita, sin exageración, con unas carnes deliciosamente sabrosas, con unas pestañas larguísimas que prestan a su mirada un no sé qué de voluptuoso, y posee unos labios hechos para los besos tiernos.

Su corpiño estaba cuidadosamente repleto de verdaderas confituras no siendo estas golosinas únicamente las que lleva siempre consigo.

Toda ella es una exquisita golosina.

Y he aquí un buen matrimonio Pocas disputas. Ningún hijo Un matrimonic que pasa una vida dulce y que están pasando un mes en el mar.

Si yo supiera, os diría lo que piensa Néstor sobre los acontecimientos Pero lo ignoro por completo.

Lo único que puedo hacer son suposiciones. Supongo que él no está demasiado tranquilo. La verdad que siempre ha estado persuadido de la fidelidad de su esposa

Pero es algo inquietante el encontrar sobre las

olas de la playa los vestidos de ésta formando una masa informe con los de un hombre.

Sobre todo cuando se sabe que este hombre continúa paseándose completamente desnudo, y que persigue como un fauno a las comadres del pueblo.

En todo esto hay un misterio. Este misterio debe ser aclarado, no solamente para la tranquilidad de Néstor, sino también para la paz del pueblo.

Y por esto ha reclamado él la responsabilidad de mandar esta expedición.

Néstor, tan colorado de costumbre, está un poco pálido. Sus dedos, tan hábiles para manejar el taco del billar, tiemblan.

—¡Tiremos hacia la izquierda!—ordena al notar que caminan derechos hacia el mar, donde no tardarán en mojarse los pies.

Y al ver que el cielo comienza a oscurecerse, anunciando la proximidad del crepúsculo, añade:

—¿Ha traído alguien las linternas?

DONDE SE DESCUBRE EL SECRETO DEL HOMBRE  
DESNUDO

**P**odría llevaros hasta el final sin deciros el secreto del hombre desnudo, pero yo soy franco y no quiero impacientaros. Vais a saberlo todo.

El hombre desnudo se llama Anselmo Bigot. Es parisino y ejerce la profesión de viajante de comercio. Tiene veinticinco años y un auto pequeño.

Es un guapo mozo, inteligente y atrevido.

Con la mayor parte de los viajantes de comercio presume de ser un gran conquistador de mujeres.

Lo cierto es que cuando llegó al pueblecito de verano se fijó en Amelia. El la sonrió. Ella, aun sin intención, correspondió a esta sonrisa, sonriendo también.

Luego Anselmo coincidió en el baño con Amelia, y nadaron juntos. Durante el baño, el joven

deslizó en los oídos de Amelia palabras acariciantes.

El muchacho nadaba bajo el agua. Ahora tú, lector, puedes figurarte que cuando un hombre que se baña con una señora y se pone a dar bajo el agua después de haber dicho frases acariciantes, es que...

Pero ya nadaremos nosotros también bajo el agua cuando nos llegue el momento.

La misma tarde, detrás de las casetas, Anselmo suplicaba :

—Nosotros dos, los dos solos, en cualquier parte... ¡En vuestra habitación, por ejemplo!...

—Pero ¿y mi marido?

—Es verdad, me había olvidado de ello... Entonces en otro hotel.

—No hay más que tres y me conocen en todos ellos...

—Entonces, en una caseta.

—¡Son tan estrechas!...

—Entonces..., entonces...

De repente se dió una palmada en la frente. Miró a su alrededor. A lo último de la playa había visto unas rocas.

—Esta noche, entre esas rocas.

—¡Oh, es tan duro!...

Sonrió él de un modo tan especial, que parecía querer decir algo con aquella sonrisa; lo cierto es que también ella sonrió.

—Cuando Néstor se halle dormido, vendré—  
dijo ella.

Ya sabéis cómo son los enamorados. Dicen ellos que un beso los hará felices en grado superlativo, y una vez concedido el beso os juran con la misma pasión que si no les dáis otra cosa, se matan.

Por la noche, entre las rocas, los labios se unieron primeramente. Y esto duró un cuarto de hora antes de que suspirara Anselmo.

—Este vestido...—exclamó él.

—¿Qué le pasa a este vestido? ¿No le gusta?

—¡Es mi más implacable enemigo!

—¿Por qué?

Una mano le respondió. Amelia murmuró:

—¡No, eso no!...

—¡Sí, rica mía! ¡Nadie nos verá! Sólo yo, que la contemplaré con pasión...

--Si pasara algún bañista...

—¿A media noche?

—¡Si me buscara mi marido!

—¡Está roncando!—afirmó Anselmo, que no había visto nunca a Néstor.

—¿Crees tú?

—Estoy seguro.

Os he hablado de las golosinas que ocultaba el corpiño de Amelia, y naturalmente, las golosinas no son para estar encerradas siempre, y quizá por eso fué por lo que el amante hizo salir

dos bonitos senos y puso un beso en cada uno de sus rojos vértices.

—¿Nada más que eso?—dijo ella.

—Nada más...

Lo cual no impidió que un cuarto de hora más tarde suspirara :

—¡ Oh, este pantalón !

—¿ Qué tiene mi pantalón ?

—¡ Es un animal ! Un animal que quiere verme morir...

Esta vez sonrió ella, y un pantalón se posó delicadamente sobre un vestido que se encontraba ya en el suelo. Sin pantalón y con los senos asomando fuera del corpiño, figuraos qué imagen no presentaría Amelia ante los ojos de Anselmo.

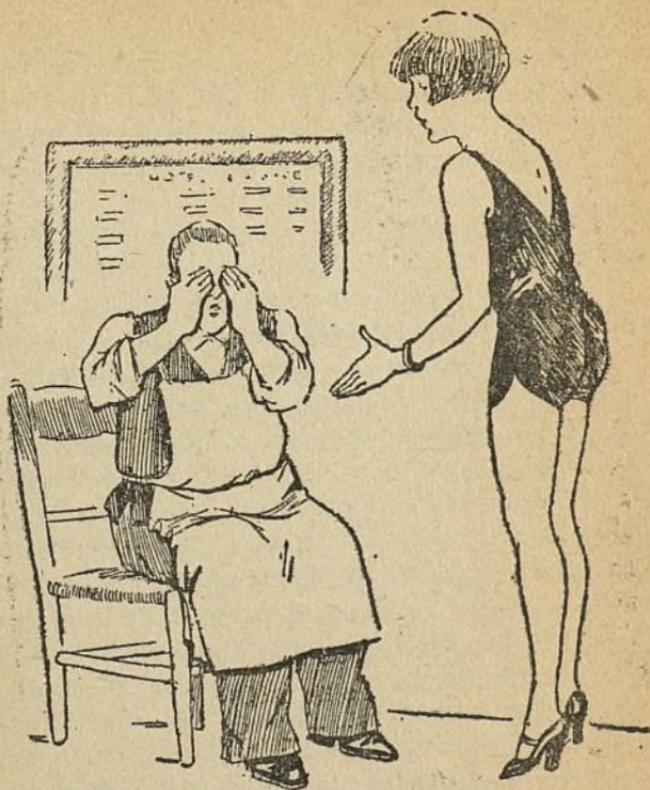
¿ Qué queréis ? La historia siempre de las golosinas. Un muchacho que tiene un hermoso reloj está deseando saber la hora para mirar la alhaja.

Y, por el contrario, un señor que en vez de reloj tiene una patata que heredó de su abuelo, no piensa nunca en mirar la hora.

Continúo pensando con la misma delicadeza. ¡ Hay que suponer que Anselmo tenía también su reloj ! ¿ Pero solamente un reloj ?

El montoncito de ropas quedó entre las rocas. Aquel montoncito de ropas que al día siguiente había de aproximarse a la playa, a merced de las olas.

Una dulce brisa acariciaba a los enamorados.



Llegó al hotel, donde el criado de guardia se frotaba los ojos.

—¡ Querido mío!

—¡ Mi vida!

—¿ Me quieres?

—¡ Te adoro!

—¿ Más que ese gran cachalote?...

—¿ Para qué decirte que te quiero más que ese cachalote, si de sobra lo sabes?

—¡ Qué hermoso eres!

—¡ Eres divina! ¡ Qué garganta!... ¡ Qué nariz!... ¡ Qué boca!... ¡ Qué!...

¡ Oh! Los viajantes de comercio con qué oportunidad encuentran la palabra acertada.

Y en este coloquio, la brisa continuó acariciando las formas esculturales de Amelia; las perfectas piernas, todo lo demás, porque la casadita no conservaba nada sobre su persona. Entretanto, también acariciaba el montoncito de ropas, mientras iba colocándolo sobre las olas. Los amantes no se acordaban de nada que no fuera ellos mismos. Anselmo estaba loco de alegría y poniendo loca a Amelia con sabios besos y con exquisitas caricias.

Únicamente, a eso de las cuatro de la mañana, cuando la fatiga les quitó las ganas de decirse cosas dulces y cuando como Adán y Eva sintieron la necesidad de vestirse, no encontraron nada que ponerse.

Las ropas estaban lejos, dulcemente balanceadas por un adorable murmullo. Iban, es posible,

camino de España, es posible que de Marruecos, acaso de Italia.

—¡Dios mío!—gimió Amelia, viéndose desruda y sin posibilidad de cubrir aquellos encantadores senos que hicieran la delicia de su compañero.

—¡Rayos y centellas!—rugió Anselmo, sin acordarse ya de los senos ni de las demás cosas encantadoras que tenía Amelia.

Y entonces se miraron sin ninguna dulzura.

—La culpa ha sido tuya.

—Ha sido tuya.

—Podías haber puesto algún cuidado en ello...

—Tú has sido quien...

—¿Yo? ¡Eso sí que no!

De poco servía ya el cambiar palabras agrias. Después de un cuarto de hora, se callaron, y Amelia exclamó:

—¡Estoy perdida!

Hay personas que aseguran que hay una divinidad mitológica que se ocupa de las mujeres adúlteras. Y yo estoy también por asegurarlo.

La prueba es que, en aquel instante, la misma marea que había llevado los vestidos trajo hacia la orilla una cosa negruzca, que era una especie de viejo *maillot*, tan vasto, que debía haber servido para los rinocerontes.

—¡En mi vida me pondría yo semejante adefesio!—dijo, al verlo, la joven.

Luego reflexionó:

—¡ Dámelo para que me lo pruebe !

Al fin dijo con aire resuelto :

—Puedo entrar con él en el hotel mientras está todo el mundo durmiendo.

—¿Y yo?

—¿Tú? ¡Hum!... Tú lo que tienes que hacer es esperar... Yo procuraré traerte algo que ponerte.

—¿Cuándo?

—Pues mañana, lo antes posible.

—En mi maleta hay un traje completo ; en el hotel de la Gare, cuarto número 7...

Ella se había ya alejado. Corría a lo largo de la playa. Eran las cinco. Había amanecido ya ; pero las calles estaban completamente desiertas. A Amalia no se le marcaban los pechos por la holgura del *maillot*, que ni siquiera, mojado como estaba, se adhería a sus muslos espléndidos.

Llegó al hotel, donde el muchacho de guardia se frotaba los ojos, desperezándose.

—¡ Qué baño más delicioso !—le dijo ella—. No podía dormirme y he preferido bañarme...

Volvió a su habitación, donde Néstor roncaba aún.

Ya en el lecho, Amelia durmió hasta el mediodía.

Por lo tanto, yo creo que es una estupidez el creer que sólo la tranquilidad de conciencia puede proporcionar un sueño reparador. El que ha

asegurado semejante cosa es un imbécil que no ha visto más allá de sus narices.

Porque, al fin y al cabo, todo el mundo duerme cuando se encuentra fatigado. ¿Y acaso la tranquilidad de conciencia ha fatigado nunca a nadie?

¡Mientras que una conciencia culpable!... ¡Trabajad bien vuestras piernas y brazos y veréis qué espléndidamente dormís!

Amelia no había dormido nunca como entonces. Dormía con tanto sosiego que su marido no quiso interrumpir su sueño.

A mediodía sintió tal apetito que se sentó ella sola a la mesa, asombrada de no ver a nadie en el hotel.

El lector conoce ya el resto; pero lo que no sabéis es que cuando la mujer de ciento cincuenta kilos aseguró que el hombre completamente desnudo la había perseguido, Amelia refunfuñó entre dientes:

—¡Oh, ya está pensando en engañarme!...—y añadió, mirándose el corpiño—: Y eso que esta mula los tiene más grandes; pero lo que es más bonitos...

Un relámpago de ira cruzó por sus pupilas. Y aquellos que ella sabía que eran bonitos, se balancearon de coraje.

DONDE SE VE PAGAR CARO UN CAPRICH  
AMOROSO

**U**nicamente algunas palabras para que tengáis algunos conocimientos topográficos. El pueblo en cuestión, poco mayor que un distrito, está compuesto de un puerto minúsculo. Una pequeña cantidad de agua aprisionada entre dos diques, y sobre este agua, una media docena de barquitos atados fuertemente.

Sobre el puerto, los tres hoteles. En torno a los hoteles, un centenar de casas.

A mano izquierda de todo esto, la playa: arenas por las orillas, con algunas dunas por el lado de tierra.

Al final de la playa, las rocas. Tras las rocas, algunos campos de viñedos.

Esto es todo. Y éste es el momento de señalar, entre paréntesis, que no hay necesidad de más atractivos para que un sitio sea bautizado con el nombre de baños de mar, y hacer pagar a las gen-

tes que se arriesgan a ellos una buena pensión diaria y cobrar el plato de sopa a treinta francos.

Volvamos a nuestro hombre desnudo. Para él, todo el problema consistía, permaneciendo en las rocas, en volver a uno de los tres hoteles, o sea al llamado Hotel de la Garce, aunque el pueblo no tuviera ninguna estación.

Esto no podía hacerlo durante el día, porque sin cesar había bañistas en la playa, las mamás cuidando a los niños, y hasta las jovencitas estaban a todas horas.

Lo único que podía hacer era sumergirse y llegar al puerto a nado, saliendo a tierra enfrente precisamente del hotel, en un instante propicio. Unicamente que esto ofrecía algún peligro. Se exponía a un calambre. Un hombre completamente desnudo no es precisamente un héroe.

Quedaba una solución: esperar a que llegara la noche, y entonces ir al hotel protegido por la oscuridad.

Esta fué la primera idea de Anselmo Bigot. Así, pues, se acostó en un hueco de las rocas y pasó el día calentándose al sol. Comió algunos mariscos que encontró por allí, un erizo de mar y una vieja almeja que, sin duda, había querido correr aventuras y que imprudentemente se había alejado de su banco.

Sintió sed, pero no tenía nada que beber. Desde lejos podía ver a las gentes cómo contemplaban

el lío de sus vestidos, lo cual no podía tranquilizarlo demasiado.

Por fin desaparecieron los curiosos, y Bigot quedó solo con su completa desnudez, que no le dejaba ir y venir a su gusto.

Entonces vió a una mujer que venía por el camino de las viñas. Creyó que con un poco de diplomacia conseguiría que la mujer le cediera aunque fuese un refajo bajero de los que llevaba.

Intentó acercarse a ella. La mujer huyó. El siguió, asegurándole que no iba a hacerla nada y que no tuviese miedo, y entonces ella sintió mucho más terror.

Así estaban las cosas a eso de las siete de la tarde. Bigot se había resignado a esperar la negra noche para regresar a su hotel cuando vió una multitud armada que se dirigía hacia las rocas.

Entonces pudo distinguir los cañones de los fusiles. Pudo oír también algunas exclamaciones bélicas.

Por fin, como había ya oscurecido, se encendieron las linternas, salpicando la playa de puntos luminosos.

Os ruego que cerréis por un instante los ojos y os pongáis en el lugar de Bigot.

¡Oh! ¡Si él hubiera tenido aunque solamente fuera un pantalón, una camisa de cualquier género!

Con lo bien que él repartía su vida: entre el

despacho, su cuartito y el cine, no encontraba palabras bastante duras para calificar los cuellos postizos, las camisas almidonadas, los tirantes y todos los accesorios de *toilette*.

Pensando en el momento del café, un suspiro se escapaba de su garganta :

¡ Oh ! ¡ Vivir desnudo completamente ! ...

¡ Todo por ser un tunante ! ¡ Por haber pecado contra las costumbres sociales, contra sus usos y sus leyes !

Pues bien, imítadlo. Colocaos desnudo por completo en cualquier parte, en un bosque, en un campo. Permaneced así un cuarto de hora.

¡ Ya me diréis los acontecimientos !

No tiene nada de extraño el ver llegar todo un ejército armado de fusiles, de carabinas, de viejos cuchillos y de horquillas.

Bigot pensó durante un instante en rendirse. Pero ¿ no había visto él a los bañistas que se apiñaban para ver el lío de ropas ?

Así, pues, Néstor debía saber toda su desgracia y tendría ansia por vengarse ...

¡ No os riáis ! Esto no tiene nada de extraño. Os ruego una vez más que ensayéis este pape-lito.

Bigot no dudó ya más. Buscó un refugio a su alrededor. Oyó una descarga y creyó que había sido visto.

Se trataba de un bañista que había oído pasar

un mochuelo y, presa de gran pánico, había disparado.

Los demás le imitaron. Hubo una gran salva. El armero de Carcassonne recibió la descarga por detrás y ya no habló más de cargar las carabinas con cartuchos para jabalíes ni con balas dum-dum.

Aterrorizado, el hombre desnudo corría de roca en roca. Como el tropel seguía avanzando, acabaría por llegar el instante en que le descubrirían.

Pero la naturaleza, por lo visto, tenía en cuenta la situación de Bigot. Si no ¿cómo es posible que hubiera colocado un pino marítimo en aquel sitio?

Un espléndido pino marítimo que se elevaba, completamente solo, en medio de las rocas y que a duras penas podría conservarse allí.

Entonces pensó Anselmo en subirse a él, y así lo hizo.

Aun voy a exponeros esta pequeña dificultad.

¿Habéis trepado alguna vez, desnudo completamente, a lo largo de un pino marítimo? Sin duda alguna sabéis que tiene muchas rugosidades y algunas motas ásperas.

Su copa está llena de pinchos...

¡Si estáis casados, no lo ensayéis!

Anselmo debía experimentarlo. Y subió. En la copa vió unos ojos fosforescentes que le miraban estupefactos.

Estos ojos pertenecían a un viejo buho que no se movió, y quedó allí contemplando al hombre

desnudo como podía hacerlo una vieja gazmoña : escandalizada.

A la sazón, el rebaño se encontraba entre las rocas, a algunos metros solamente del hombre desnudo. Este oía las exclamaciones amenazantes. Algunas veces un fusil se disparaba solo y los demás le imitaban asustados.

— ¡ Bien caro va a pagarlo !

— ¡ Algún nuevo Landrú, sin duda alguna !

— Acaso algo peor... Hace algunos siglos, a tipos como éste se los mandaba a la hoguera. ¿Cómo es posible dejar a las muchachas pasear solas?

— ¡ Y a las mujeres !

Y allí estaba el sátiro, en lo alto, invisible, pero muy a disgusto, sobre una rama tan rugosa como el tronco.

Y el buho encima de él, lo cual le causaba gran pavor.

¡ Aun había algo peor ! En la copa del pino había un verdadero enjambre de mosquitos. Aquel enjambre se lanzaba sobre las carnes desnudas de Anselmo con verdadera saña, mortificándole atrocemente.

¡ Y ahora decídme a mí que un león es el peor adversario que puede encontrarse ! ¡ O una suegra ! A un león, se le mata. A una suegra, se la echa o se la envenena.

Con los mosquitos es imposible entablar lucha

alguna. Sobre todo cuando se está completamente desnudo.

Y cuando hay bajo vuestros pies unos tipos armados con fusiles que se disparan solos.



*Las mujeres paseaban por las inmediaciones de las rocas.*

Quisiera describiros esta noche con toda clase de detalles. Pero es algo superior a toda narración. Es necesario haberse encontrado en una situación semejante para poderse hacer una idea.

En las novelas de aventuras os cuentan las fa-

tigas de los que se pierden en los bosques ecuatoriales, en los pantanos o sobre los icebergs.

Pero éstos no se encuentran desnudos por completo. Tienen armas y mosquiteros y pueden hablar con las fieras, que saben lo que ellos quieren.

Entretanto, el rebaño de hombres se hallaba desorientado, y Anselmo también.

Iban y venían sin encontrar ningún rastro. A ratos tiraban un tiro al aire, sin dirección alguna.

Esto fué una suerte para Anselmo, porque el buho fué alcanzado por uno de ellos y cayó. El que le había matado aseguró que había disparado contra él porque lo había visto.

—¡Esto no es ningún hombre!—murmuró alguno.

Pero Néstor le hizo callar.

—¡Se trata de un hombre! ¡De un sátiro! Es preciso encontrarle.

Con gran fiereza fué disparando su revólver sobre todos los huecos de las rocas que encontraba a su paso, aunque fueran lo suficientemente grandes para dejar pasar un hipopótamo.

Y entonces se corrió la pólvora. Aquello fué una verdadera batalla. Parecía que se copaba un regimiento entero.

—¿Si dijeron que estaba por el lado de las viñas?

El tropel se alejó en dirección a las viñas. ¡Pe-

ro la moral estaba en salvo! ¡Por algo se es del Mediodía!

Entonces se abrieron los botes de conservas y los frascos de vino. Había que reparar las fuerzas perdidas.

Anselmo permanecía en lo alto con los cuatro mariscos, el erizo marino y la vieja almeja en el estómago.

Y una aguja del pino en la nalga izquierda, y rodeado de resina, a no ser que los mosquitos se lanzaran sobre él como sobre un cazamoscas.

¡Las tres de la mañana!... ¡Las cuatro!...

De nuevo se había desarrollado el entusiasmo de los perseguidores, y como se levantara un ligero airecillo, alguno anunció la proximidad de la tempestad.

—Pero ¿vamos a dejarlo?

—¡Chis! Nada más que por un instante. Porque luego volveremos.

Algunos trataron de colocar centinelas hasta la mañana. Pero nadie quiso quedar de guardia, porque juzgaban inútiles semejantes precauciones.

Aún se hicieron algunos disparos.

Por fin, a eso de las cinco, el rebaño, bajo la dirección de Néstor, atravesaba la playa.

Y Anselmo descendió de su árbol, rebañando las latas de conserva y apurando los restos de las botellas vacías.

Afortunadamente, pudo encontrar un litro de vi-

no blanco que había quedado olvidado y una lata de trufas.

A cien metros del puerto se detuvo Néstor, y mirando a los demás con aire imperioso, sentenció:

—Yo creo que sería acertado que comunicáramos lo sucedido a los periódicos. ¡Al menos, eso!

DONDE SE DA CUENTA DE LOS SUCESOS,  
CONTADOS POR GENTE SINCERA

**H**e aquí el comunicado que se publicó en el *Diario Republicano de Beaucaire*. Los otros diarios rehusaron el publicar una prosa tan fría, y de las pocas líneas escritas en colaboración por Néstor y sus compañeros hicieron de una a tres columnas.

Contentémonos nosotros con el comunicado que envió Néstor :

«Un formidable acontecimiento acaba de emocionar la apacible estación balnearia donde un buen número de conciudadanos nuestros reposan las fatigas de un año de labor.

»Cierto que si descansaban no estaban dormidos en las delicias de Capua, y dos días antes, uno de ellos sacaba desde la escollera, de las olas tumultuosas, un hermoso congrio de veinticinco libras. (*El Faro de Gard* decía de cuarenta, y *El*

*Independiente de Carcassonne, de sesenta y ocho.)*

»Indiquemos también las actividades de la sociedad bolista del lugar.

»Brevemente, se trataba de bravos ciudadanos que vivían noble, pero simplemente, sobre esta playa, cuando de pronto un acontecimiento trágico vino a ensombrecer el cielo sereno.

»En efecto, se tuvo noticia de la presencia en las rocas que rodean la playa, al Este, de un individuo que no sabremos designar claramente para evitar que nuestras castas hijas enrojezcan.

»¡ Un individuo! ¿No es suficiente con esa palabra? ¿No indica ella toda la abyección del personaje? ¿No dice claramente que se trata de uno de esos seres sin conciencia que ponen sobre todas las cosas de este mundo la bajeza de sus instintos?

»Un individuo que, tal que un ave de presa planeando por encima de los rebaños, pasaba su tiempo en contemplar de lejos a las honestas bañistas a fin de elegir cuáles habían de ser sus futuras víctimas.

»¿Se nos ha entendido?

»Permítasenos añadir, para la Historia, que ese individuo no ha creído necesario conservar sobre su persona el menor vestido, y que aunque oculto no lejos de las viñas, ha desdeñado el taparse las vergüenzas con una ligera hoja de parra.

»Ha sido por esto por lo que, no escuchando más voces que las de su indignación, el señor

Néstor M..., funcionario distinguido, no vaciló en reunir a su alrededor una numerosa cohorte, que se puso inmediatamente en pie de guerra.

»Ya una habitante de la villa, honrada criatura, madre de varios hijos, había tenido que sufrir las deshonestas proposiciones del individuo.

»Ella pudo escapar gracias a la velocidad de sus piernas.

»Había que impedir que nuevas víctimas sufrieran los ultrajes.

»A las siete de la tarde, a pesar de que la tempestad se anunciaba, una treintena de hombres valerosos se lanzaron hacia las rocas, mientras que las mujeres, reunidas sobre el muelle, venciendo sus inquietudes, agitaban los pañuelos como si fueran banderas y hacían votos por su victoria.

»El combate fué terrible.

»Las balas crepitaron durante siete horas sobre las rocas, transformadas en campo de batalla.

»Armado hasta los dientes, el individuo, que parecía poseer el don de la ubicuidad, o que pueda ser que no sea un individuo, sino varios, tiraba sin descanso contra nuestros conciudadanos.

»Un armero distinguido de Carcassonne fué herido en plena cara. No por eso se retiró de la batalla, sino que continuó luchando hasta el fin.

»A las dos de la mañana, cuando se iban a apoderar del asqueroso enemigo, éste desapareció de

la vista de los atacantes como si se lo hubiera tragado la tierra.

»A la valiente cohorte no le quedó otro recurso que mantener sus posiciones hasta la mañana, reparando antes sus fuerzas.

»Las cosas están así. Tal vez el repugnante sátiro comprenda la necesidad de estarse tranquilo.

»De no ser así, olvidando toda prudencia, los mismos que se han lanzado una vez al asalto renovarían su combatividad, no sin antes hacer una llamada a la gendarmería local para que les ayude.

»¿No será ésta ocasión favorable para que la guarnición de Aigues Morts, la más próxima a la playa, envíe una de sus ametralladoras?»

\* \* \*

No hay por qué reírse.

Los que habían enviado aquel comunicado eran sinceros, absolutamente sinceros.

Cuando volvieron a reunirse con sus esposas tenían los rostros satisfechos por el cumplimiento de un deber que lo habían cumplido sin temblar.

DONDE LA SITUACIÓN SE HACE MENOS DEFENDIBLE

Vagamente restaurado por el contenido de las cajas de conserva que pudo rebañar y por la botella de vino, Anselmo no tuvo que hacer otra cosa que esperar una ocasión favorable, y esto fué lo que hizo.

Pero a la mañana se dió cuenta de que la situación había empeorado.

De ordinario, las gentes se instalaban en la parte de playa más próxima al pueblo.

¿Fué acaso por casualidad?

Lo cierto es que, sobre las diez de la mañana, las mujeres, como quien no le da importancia al caso, se pusieron a pasear por las inmediaciones de las rocas.

Algunas—¡pobrecitas!—hasta se aventuraron a pisar en el roquedal, y a Anselmo no le quedó más recurso que el de volver a encaramarse en

el árbol, donde tuvo que pasar nuevas horas de inquietud.

Como por casualidad, también alguna de aquellas señoras olvidó un diario en el suelo.

Este diario fué llevado por el viento al pie del pino, donde el hombre desnudo se apoderó de él, y con una enorme sorpresa leyó el comunicado que había enviado Néstor.

¡Poneos una vez más en su lugar!

Dos días antes aun érais un buen viajante de comercio, con auto y carta profesional; un tipo al que en los restaurantes hacían una reducción de un treinta por ciento, y he ahí que de repente quedáis convertido en un individuo innominable, armado hasta los dientes y dispuesto a violar a toda la población femenina de la playa.

¿Qué digo yo?

Añadid que se habla de enviaros una ametralladora para que os den caza.

Con un sollozo murmuró:

—¡ Me reprochan el que no me tape las vergüenzas con una hoja de parra!

El lo había procurado. Pero hace falta probar la cosa como la probó Anselmo, porque todos los que han ensayado a cubrirse con una hoja de parra han podido comprobar que se cae en seguida al suelo como no se la sujete con una cuerda.

Esas cosas, además, están bien para el Museo del Louvre o para la literatura. Pero en la reali-

dad, el anudarse un pañuelo de bolsillo resulta mucho más decente.

Por primera vez en su vida Bigot pensó en destruirse a sí mismo antes de caer en un negro deshonor.

Evocó con rabia los encantos de Amelia, aquellos senos que los conservaba con la misma dureza que en la soltería, las piernas preciosas, el resplandor incomparable de aquella carne, que había recibido la lluvia de sus besos, y aquella cosa que sombreaba, y al sombrear como una mancha, realzaba el ámbar cálido y dorado de la piel.

Todo aquello estaba muy bien para evocarlo tumbado en una otomana y fumando un cigarrillo cuyo humo dibujase una curva como la de las caderas de Amelia, y bebiendo una copita de licor que recordara el sabor de aquellos besos sabios que le habían encendido la sangre hasta producirle una borrachera amorosa que, por fin, había podido saciar en el cuerpo desnudo de la mujer de Néstor.

Pero si antes le había encendido la sangre, ahora se la estaba quemando, porque olvidándose de la palabra dada, no se molestaba ni en llevarle siquiera un pantalón.

Como en situaciones absurdas se le ocurren a uno ideas absurdas también, Anselmo deseó convertirse en un buey. Sí; pensaba en la quietud infinita de los bueyes, ante cuyos ojos bovinos se

puede desnudar un millón de mujeres sin que ellos le den importancia a la cosa.

Pero después de esta rareza, vió a un viejo que avanzaba penosamente, apoyándose en un bastón.

Era un caminante pijo, con una barba larga, los ojos pistojos y temblorosos labios.

El viejo no encontró nada mejor que sentarse apoyado en el árbol; después de esto sacó una botella de vino rojo de su zurrón y la vació de un trago larguísimo.

Anselmo le vió mover la cabeza a derecha y a izquierda, murmurar algunas palabras con boca pastosa, y después de esto le oyó también un sonoro ronquido que atravesó el aire embalsamado del Mediodía francés.

\* \* \*

Yo os juro que la cosa resultó rápida.

Bigot no había atacado jamás a nadie a mano armada. Había desnudado en su vida a muchas mujeres, rubias, morenas y castañas, y siempre el hacerlo le había proporcionado gran placer; aun añadiremos que muchas veces, el ver asomarse las puntas coloraditas de los senos y el esplendor de los muslos, sin contar con otras gracias que tienen las bonitísimas hijas de Eva, le había causado tanta satisfacción como la bagatela misma;

pero a un hombre no le había desnudado él en su vida.

Pues bien; a pesar de eso, en un dos por tres puso al pobre caminante desnudo como un gusano.

Y lo hizo con tanta prontitud y con tanta delicadeza, que el viejo se contentó con mascullar unas cuantas palabras con su torpe lengua de borracho.

La casualidad quiso que el caminante se tumbara boca abajo, junto al árbol, y a Bigot le pareció que así resultaba más decente. Se detuvo unos instantes a contemplar su obra con aire satisfecho.

¡Tenía en la mano un pantalón! ¡Un verdadero pantalón, con dos perneras y todos los demás accesorios!

¿Os dáis idea de esto? Pensad lo que para vosotros significaría en un caso semejante. Un pantalón grasiento, claro está, con manchas de barro, agujeros y bolsillos llenos de mendrugos de pan.

Pero un pantalón al fin y al cabo, que Anselmo se puso con una voluptuosidad que jamás le habían producido unos calzones impecables.

Se puso también la vieja chaqueta y miró su árbol por última vez.

¡Lloraba! ¡De enternecimiento! Tan emocionado estaba que sentía deseos de abrazar a alguien; pero allí no había nadie a quien abrazar, como

no fuera al viejo borracho que exhibía su trasero.

Ya he dicho que era el medicía.

Todo el mundo estaba en el restaurante y las calles se hallaban desiertas, porque un sol atroz hacía el aire irrespirable.

El mozo del Hotel de la Gare dormitaba sobre un banco y Bigot pudo subir hasta su alcoba sin ser visto por nadie.

Allí estaba solo, la puerta cerrada. Nadie podía verle; ni siquiera él mismo, porque el armario que había en el cuarto no era de los de espejo.

Pues bien; a pesar de todo esto, Anselmo enrojeció a la idea de quitarse los vestidos del viejo. Enrojecía y temblaba a la idea de tenerse que desnudar de nuevo.

Le pareció que si lo hacía se aventuraba a peligros terribles.

Buscó un medio de hacerlo. Se quitó la chaqueta y se puso una camisa limpia.

Sólo entonces, y con un gesto rápido, se desembarazó de los calzones del viejo. Inmediatamente se puso su propio pantalón.

De su pecho se escapó un suspiro.

Y bajó a almorzar.

DONDE UNA JOVEN MUJER ES PRESA DE UNA  
TERRIBLE EMOCIÓN

**N**o sería galante por parte vuestra el que creyeseis que Amelia, una vez pasada la hora de las voluptuosidades, le importaba de su amante lo que del primer amiguito que la pellizó el trasero.

Solamente se es héroe o heroína cuando se nace con esa vocación. Después, uno ya no se puede hacer. Si Amelia hubiese nacido heroína no hubiera esperado a cumplir los treinta años para hacerse una Juana de Arco u otra cosa parecida.

Ella lamentaba mucho que el pobre Anselmo tuviera que estar en pelota paseándose por entre las rocas, y tembló cuando los hombres partieron para el combate. Respiró más libremente cuando volvieron y supo que no habían matado al sátiro.

Solamente que el llevarle un pantalón...  
Eso ya era otra historia.

Anselmo le había dicho que fuera a buscarle un traje a su alcoba del Hotel de la Gare, y ella le había dicho que sí sin reflexionar.

Pero una vez en el pueblo se apercibió de que aquello era imposible.

¿Cómo podría entrar en un hotel que no era el suyo, abrir la puerta de una habitación y salir con un traje de hombre bajo el brazo?

Y después ir hacia las rocas llevando aquel traje, cuando las rocas, desde la aparición del sátiro, eran el punto de mira de todo el pueblo...

Prefirió esperar.

A mediodía le pareció que la curiosidad general se había calmado un poco. El ejército había rehusado enviar una ametralladora y los gendarmes no llegarían hasta el día siguiente.

Entonces, los hombres, cubiertos ya de gloria, juzgaban que no merecía la pena de exponerse de nuevo.

Amelia esperó el momento en que su marido se encontraba en el café, y cogió de su maleta los objetos siguientes: un pantalón de franela gris, un chaleco higiénico, ligas para los calcetines, un cuello del cuarenta y cuatro y una corbata de lunares blancos.

Vaciló también entre si coger o no un sombrero; pero se dijo que Anselmo ya se debía haber acostumbrado a andar con la cabeza al aire.

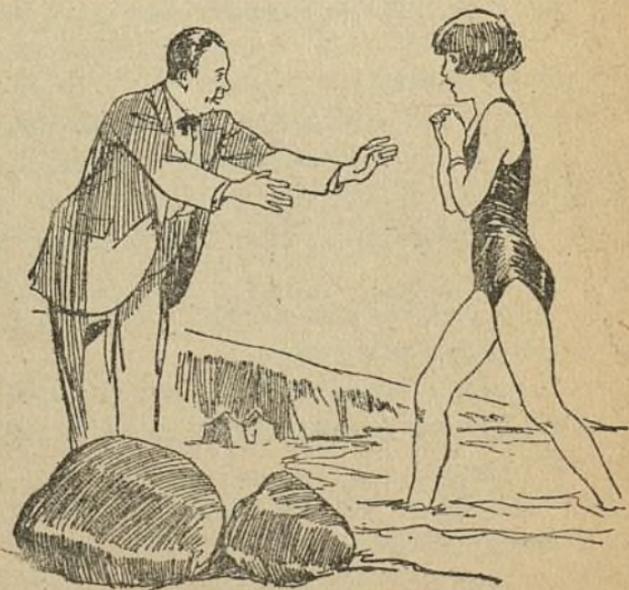
Provista de estos objetos, que se los enrolló a

la cintura y se los puso bajo la ropa, se dirigió con paso falsamente indiferente hacia las rocas.

Por allí encontró otras mujeres que se paseaban; pero Amelia fué la única que se atrevió a meterse en el corazón del promontorio rocoso.

Tenía el pecho oprimido, la respiración silbante, y se iba a sí misma jurando y rejurando que, como saliera bien de aquella aventura, en su vida volvería a engañar a su marido.

Por un momento pensó no seguir adelante, sino



Cuando salió del agua, Néstor la contempló y la dijo: —¡Lo sé todo!  
Eres una buena muchacha.

simplemente tirar los vestidos, que su amante no tardaría en distinguir; pero pensó en que tal vez el hombre pudiera estar herido, y se decidió a seguir adelante.

No sé cómo describiros la cosa. Dos días antes, Amelia había pasado un buen rato abrazadita a un hombre delgado que representaba el tipo del perfecto amante.

Pues ahora veía un cuerpo extendido al pie de un árbol. Un cuerpo tumbado boca abajo, y del cual, por tanto, ella no podía ver más que la espalda.

¡Pero qué espalda!

Los omoplatos puntiagudos. La espina dorsal parecía haber sido hecha expresamente para que los estudiantes de Medicina pudieran contar las vértebras y darse exacta cuenta de la forma de cada una.

Los pies, enormes; las piernas, delgadas y cubiertas de largos pelos negros...

Yo no puedo continuar haciendo una descripción detallada. Que vuestra imaginación ponga algo por su parte.

De todo aquello salía un ronquido siniestro.

Sin aquel ronquido, Amelia le hubiera creído muerto.

¡Caer tan bajo! ¡Y en tan poco tiempo!

Una vez más juró:

—No volveré a engañar a Néstor... ¡Cuando pienso que esto es el amor!

Dejó los vestidos, formando un montón, en el suelo.

Una inmensa piedad le invadió el alma.

—¡Pobre muchacho! ¡Lo que ha debido sufrir!... ¡Lo que se debe haber desesperado!

Buscaba un medio para probarle su piedad, de endulzarle un poco el calvario. El seguía roncando y las moscas bordoneaban a su alrededor.

Amelia tenía un «carnet» en su bolso. Arrancó una página y escribió rápidamente:

«De parte de Amelia. Afectuosamente.»

No era gran cosa, evidentemente. Pero tuvo la impresión de que Anselmo se sentiría menos abandonado, menos miserable.

Había pensado por un momento escribir «amorosamente»; pero no había podido hacerlo ante el espectáculo que tenía ante su vista.

No se le podía pedir un imposible.

\* \* \*

Todavía tengo que hablaros de Néstor, de su corazón lleno de dolorosas suposiciones y con su cerebro hirviente de ideas de venganza.

¿Es que Néstor podía dudar de que su mujer le había engañado con el individuo que no llevaba ni siquiera una hoja de parra?

El ponía buena cara a las gentes; pero en cuanto vió salir a su mujer del hotel, se puso inmediatamente en acecho.

Con dos enormes revólveres en los bolsillos la había seguido de lejos.

Una vez en las rocas no se decidió a presentarse por no escamar a los amantes; pero cuando Amelia se alejó en dirección a la playa, él avanzó, diciéndose:

—¡Es una cosa heroica ésta que estoy yo haciendo!

Recordaba que el día anterior treinta hombres armados no se habían atrevido a hacer lo que él hacía.

Flaqueó un poco su ánimo, y pensaba incluso retroceder, porque ni aun en materia de heroísmo conviene llevar las cosas demasiado lejos.

En el momento en que iba a dar la vuelta, un ronquido le llamó la atención. Un ronquido apacible, que le llevó la calma al espíritu.

Y Néstor avanzó sin soltar las armas. El dormido no se despertó rápidamente. Se contentó, molesto por las moscas, con cambiar de postura y colocarse boca arriba.

Néstor le vió. Vió la barba piojosa, el rostro curtido y viejo del vagabundo, y el asombro hizo que se le cayeran al suelo los revólveres.

—¡Nada menos!—exclamó.

No sabía si desesperarse o no. Porque, en fin,

no es en Francia cosa rara el que a uno le engañe su mujer con un guayabo; pero con un anciano como aquel...

Un anciano lleno de piojos y esquelético. La cosa parecía más humillante.

Néstor apercibió sus vestidos por el suelo. Vió también la hoja de papel y leyó:

«De parte de Amelia. Afectuosamente.»

—¡Nada menos!—repitió—. Si siquiera el viejo hubiera sido presidente de la República, se comprende; pero así...

\* \* \*

Yo no sé lo que hubiera hecho en parecidas circunstancias un hombre del Norte! Pero vosotros vais a ver cómo la vida es dulce en el Mediodía, bendecido por los dioses.

Después de unos momentos de contemplación, Néstor se dijo:

—¡Comprendo! ¡Comprendo!

Claro que comprendía a su manera. Se acordaba de que su padre le había dicho en otra ocasión:

—Cuando un mendigo te tienda la mano en una ocasión, dale siempre limosna si tiene veinte años

más que tú, porque a lo mejor puede ser tu propio padre.

¿No era aquella la solución del enigma?

¡Su padre! ¡Y Amelia no se atrevería a confesarlo!

Se sonrió con ternura. Sacó veinte francos de su portamonedas; pensó que aquello era mucho dinero y dejó diez francos en el montón de vestidos, encima del papel escrito por Amelia.

Cuando llegó a la playa, su mujer tomaba su baño y un joven nadaba a su alrededor. El joven se metía debajo del agua y cubierto completamente por las olas, y allí se debía estar entregando a unas raras manigancias, porque Amelia se ponía toda encendida.

¡Sí, hombre! ¡Si los hay que hasta debajo del agua!...

Pero Néstor no se dió cuenta de aquellas manigancias que tan nerviosita le estaban poniendo a su esposa, y cuando ésta salió del agua, él la contempló con emoción y la dijo con una dulce sonrisa y estrechándole la mano:

—¡Lo sé todo! ¡Eres una buena muchacha!

Amelia todavía no ha comprendido lo que su marido la quiso decir; pero eso no le impidió deslizarse aquella misma noche en una caseta de baños donde Anselmo la aguardaba.

Allí, como la caseta era muy estrecha y no había que pensar en tumbarse, ni siquiera en buscar

un asiento, pues resulta que se tuvieron que estar de pie; pero eso sí, el uno muy junto a la otra. Bigot no quería escuchar historias: quería resarcirse de los malos ratos pasados, y su mano audaz, al levantar la falda de Amelia, se cercioró de que la dama no llevaba pantalones, ni combinación siquiera.

—Mejor—dijo—. Así se facilitan las cosas.

Y se las facilitó a sí mismo.

Ahora que la caseta daba unos bamboleos que amenazaba con derumbarse. Por fortuna no se derumbó, y Amelia y su amante pudieron repetir el baile, porque la primera vez, ella, con las preocupaciones que tenía, apenas si le había sacado jugo a la danza.

No importa, porque en la segunda se desquitó, y unos suspiritos dulces le hicieron comprender a Anselmo que la nave había llegado a buen puerto.

En cuanto al vagabundo, todavía no ha comprendido por qué le robaron los vestidos para reemplazárselos con cosas que no se podía poner, como un cuello y unas ligas de calcetines.

Unas horas después de la danza, Amelia, con el pretexto de que tenía frío, se acurrucaba contra Néstor, y, vamos..., que cambiaba de compañero de baile.

El esposo, sin dejar de prodigarle sus caricias, repetía estas palabras que a Amelia le parecían una sandez:

—¡ Ah, tú eres una buena muchacha ! ; Una buena muchacha !

Si era una buena muchacha o no, nosotros no lo podemos asegurar ; pero que era...

Sí ; eso que estáis vosotros pensando.

F I N

**Compre usted**

# LA BELLEZA

Publicación mensual

Albumes de sugestivas  
fotografías de las mujeres  
más guapas del mundo.

**UNA peseta**

# ¡TIGRIS!

Nombre trágico, impresionante, sugerido de las más increíbles y espeluznantes hazañas, de los más inauditos episodios, cuyo novelesco relato hace temblar de angustia, de piedad, de amor...

## ¡TIGRIS!

Peró... ¿es una novela? ¿No se trata de aventuras verdícas y reales, de una revelación inesperada, de algo cierto y no imaginado?

## ¡TIGRIS! ¡TIGRIS! ¡TIGRIS!

Su autor, el famosísimo maestro del género,

MARCEL ALLAIN

que llegó a las cumbres de la popularidad con su celebérrima obra

FANTOMAS

se ha superado a sí mismo al escribir

## ¡TIGRIS!

obra de realidad, de audacia, palpitante de pasión, de vida, misteriosa, incomparable, cuyos derechos de traducción exclusiva para el castellano ha adquirido PRENSA MODERNA, que tiene ya en curso de publicación los 25 VOLÚMENES de que se compondrá la obra completa, a razón de uno cada quince días y al precio inverosímil de

¡UNA PESETA!

~~~~~

¿Cuándo se ha ofrecido al público nada tan barato en libros de 200 páginas, cuidadosamente editados y de un autor de tanto renombre y prestigio?

Lector: acuérdate de ¡TIGRIS

Te hará reír, te hará llorar, te crispará los nervios, te emocionará, te conmoverá, te conquistará...

**TIGRIS!** El héroe a quien se odia...

**TIGRIS!** El héroe a quien se ama...

